

Herencia de moros: alforjas, alfombras y almohadas

*Y Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra. Génesis 4:2
No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y a nadie saludéis por el camino. Lucas 10:4*

Los pueblos latinoamericanos solemos reconocer tres raíces culturales: las sociedades indígenas originarias, los invasores ibéricos y los esclavos expatriados del África subsahariana. Hay una cuarta raíz que tendemos a desconocer, pero que se revela tanto en nuestra lengua como en nuestra cultura material. El castellano heredó varias palabras que no son europeas para designar tejidos y prendas de vestir que siguen vigentes entre nosotros, quinientos veinte años después de que los Reyes Católicos conquistaron Granada. Nos referimos a términos como gabán, del árabe *qabā'*; chaleco, del turco *yalak*; y tafetán, del persa *tāftè*. Pertenecientes a familias distintas, estas tres lenguas muestran rasgos fonológicos característicos que nos permiten rastrear la procedencia de los vocablos tomados en préstamo por el español antiguo. La mayoría de ellos provienen del árabe, que forma parte de la familia lingüística afroasiática, pero también encontramos etimologías que involucran a la familia altaica, a la que pertenece el turco, y a la rama iraní de la familia indoeuropea, que incluye al persa.

Si examinamos a detalle la terminología textil del castellano que tiene antecedentes árabes, descubrimos un patrón curioso: muchos de los vocablos se refieren a túnicas y capotes para defenderse del sol, a guarniciones para las bestias de carga, y a ropa de cama para viajar. Veamos algunos ejemplos: jubón, prenda masculina que se usó en México durante el virreinato, procede de *yubba*, 'túnica'; enjaezar, que significa adornar un caballo, deriva de *yahāz*, 'aparejo'; albarda, el cojincillo que protege el espinazo de las bestias contra la fricción del fuste, ha variado poco de la forma original *al-barḍa'a*; y almadraque, equivalente anticuado de 'colchoneta', proviene de *al-maṭraḥ*, 'lecho'. Este minucioso vocabulario heredado por el español se originó en los hábitos trashumantes de las sociedades pastoriles del occidente de Asia y el norte de África.

Al domesticarse los granos y los rebaños hace doce mil años, el Levante del Mediterráneo vio surgir una simbiosis entre agricultores y pastores, donde cada sector desarrolló una tecnología propia conforme a su modo de subsistencia. Las tierras aluviales a lo largo de los ríos fueron trabajadas por cultivadores sedentarios, mientras que los enormes paisajes áridos de las latitudes medias se convirtieron en el hábitat de los ganaderos errantes. La ecología de esa región condicionó el modo de producción y marcó la tecnología textil.

Las alforjas (*al-jurġa*), bolsas dobles que permiten balancear la carga sobre el lomo de una bestia, son un prototipo de textiles diseñados para la vida nómada. Confeccionadas ingeniosamente de un solo lienzo, sirven para transportar los enseres mínimos del jinete de manera fácil y eficiente. De la misma forma, las alfombras (*al-jumra*, 'esterilla de palma') y las almohadas (*al-mujadda*, 'punto en que se apoya la mejilla') le permiten a una persona sentarse o acostarse cómodamente sobre el piso de una vivienda portátil, en la ausencia de sillas y camas, demasiado voluminosas y pesadas para viajar con ellas.

Recreadas en España durante la ocupación musulmana del medievo, las alforjas y las almohadas vinieron a América con los conquistadores y sus animales, y evocan hasta la fecha a las culturas del desierto. En esta exposición mostramos algunos ejemplos mexicanos y peruanos de ambos géneros, junto con aperos de lana del Medio Oriente y el Asia Central. Hoy día, las alforjas oaxaqueñas y guatemaltecas son tejidas burdamente de ixtle, pero se conservan algunas piezas antiguas de algodón (*al-qutn*, otro préstamo del árabe), finas al tacto y decoradas con esmero, que hacen eco a sus antecedentes del Viejo Mundo. Exponemos también diversas versiones de la talega (*ta'liqa*, 'bolsa colgada') y el almofrej (*al-mufriš*, 'funda para la cama de camino'), contenedores imprescindibles para los pastores en sus giras interminables. Algunos de los ejemplos tejidos por las mujeres baluchi, shahsevan, yünçü y de otros grupos nómadas de Persia y Anatolia muestran paralelos sorprendentes en su técnica y su estructura con piezas indígenas mesoamericanas. El modo de vida itinerante que describen varios pasajes bíblicos y que compartieron ancestralmente árabes y judíos, propició un arte textil muy rico y variado, que tuvo resonancias al otro lado del Atlántico. Al tejer nexos entre dos hemisferios, dedicamos esta exhibición a Alfredo Harp Helú, fundador y benefactor de este Museo, nieto de inmigrantes libaneses que llegaron a Oaxaca a principios del siglo pasado y emprendieron la fabricación y comercio de telas y ropa.

Alejandro de Ávila
Curador